Y para asegurarse el silencio de Estéban asustándole, añadió:

—Si hablas de mí á alguno, como no sea á tu madre, iré por la noche á tirarte por los piés.

—No me amais,—dijo el niño,—puesto que quereis amedrentarme.

Esta contestacion provocó de nuevo los besos y las lágrimas de Furbicio. Pero por fin tuvieron que separarse El chalan ayudó á los niños á repasar el lecho del Calavon, y despues de haberles vuelto á abraz r, les siguió largo tiempo con la vista. Despues se vol ió á su gruta, y echándose sobre su cama de paja, trató de dormir.

En cuanto á Estéban, cuando cesó de ver á su padre, empezó á andar rápidamente, arrastrando tras él á su hermano, que le seguia con trabajo. Llegaron sofocados y sudando á Fontblanche. Brígida, al verlos volver así, l s salió al encuentro.

—¿Qué os ha sucedi lo?—exclamó.

Estéban se arrojó á su cuello. Despues, inclinándose á su oido, la dijo:

—Madre, le he visto.

—¿A quién?—preguntó ella.

—A aquel por quién tú nos haces orar todas las noches á mi hermano y á mí. A la noche vendrá aquí á reunirse con nosotros.

Al oir estas palabras, Brígida se puso de repente muy pálida, cerró los ojos y se apoyó en la pared para no caerse.

XXX.

Al llegar la noche, Brígida acostó á sus hijos.

Estéban opuso algunas dificultades para acostarse. Pretendia que era bastante razonable para ser iniciado en los sucesos que iban á tener lugar en la casa.

—Es preciso dormir,—dijo la madre con dulzura;—yo lo mando.

—Pero él va á venir.

—Ya le verás cuando te despiertes.

—Díle,—añadió Estéban durmiéndose,—que ya no causa miedo al pequeño.

Poco despues no se oyó en el cuarto más que la tranquila respiracion de los dos niños. Entónces, Brígida se acercó á un espejo colocado junto á la ventana, y levantando la lámpara por encima de su cabeza, se miró largo rato.

No habia tenido nunca otra belleza que el brillo de sus ojos y la frescura de su tez. ¡Ay! sus facciones estaban ahora ajadas, una especie de palidez amarillenta cubria su semblante, y en torno de sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, se veian profundas arrugas. Lanzó un suspiro, despues se quitó los vestidos de luto que llevaba hacía más de tres años, y buscó entre sus modestos atavíos, tan largo tiempo olvidados en un rincon, algo con que adornarse.

Y sin embargo, no era la alegría la que llenaba su alma, sino un terror cuyas causas es preciso explicar aquí. En el tiempo en que su marido vivia en Fontblanche habia perdido una á una sus más queridas ilusiones sin cesar de amarle. La vida licenciosa de aquel miserable, sus relaciones adúlteras con Margarita no habian podido destruir aquella profunda adhesion. El dia en que Furbicio llegó á ser criminal, el amor desapareció, pero el lazo misterioso que une á ciertas mujeres de corazon con el hombre que las ha hecho madres no pudo romperse. A pesar de sus faltas, á pesar de sus crímenes Furbicio era para Brígida el padre de sus hijos. Ciertamente no deseaba que volviera; habia sufrido demasiado por él. Pero puestó que vol ia no creia tener el derecho de tratarle como á un extraño. Se disponia á recibirle dignamente, sin echarle nada en cara y sin debilidad; pero él, ¿con qué intenciones volvia?

Sus labios, ¿pronunciarian palabras de cólera ó palabras de disculpa? ¿No querria despojar á su mujer y sus hijos á fin de proporcionarse nuevos recursos? ¿No estaba autorizada para temerlo todo de él? Además, si aparecia así de improviso, es que se habia escapado del presidio; debian perseguirle. Estos pensamientos llenaban de terror el alma de Brígida. Temia nuevas tempestades. Esto no era egoismo. No temia nada por ella; lo temia todo por sus hijos.

A las nueve sintió dar dos golpes á la puerta y fué á abrir temblando.

—Soy yo,—dijo Furbicio, que entró precipitadamente y volvió á cerrar la puerta con cuidado.

Ella le cogió la mano y le llevó con rapidez dentro del cuarto. Allí, entre las cunas de los niños, á la luz de la lámpara, que arrojaba en torno de ellos una suave claridad, le miró. Ya no era el Furbicio arrogante y orgulloso que ella habia conocido. Volvia humilde, turbado, abatido; no queria nada, no pedia más que un poco de ternura y un poco de perdon. No hablaba, pero su actitud embarazosa, el lastimoso estado de su traje, la alteracion de sus facciones, sus ojos bajos, decian claramente lo que pasaba en él.

Brígida sintió que se apoderaba de su corazon una inmensa conmiseracion. Olvidó en un segundo lo que habia sufrido para pensar en los sufrimientos grabados en las facciones de Furbicio. Ya no vió en él un criminal, sino un desgraciado; ella le abrió sus brazos, y él se precipitó en ellos como si estuviera hambriento de perdon y de cariño. Estuvieron callados largo tiempo; despues, Furbicio contó su vida desde el dia en que habia entrado en el presidio, sus tormentos, su evasion, su estancia en la Camargue, su precipitada salida y su llegada á Fontblanche.

—He vacilado mucho tiempo en volver,—decia;—ya no me atrevia á presentarme delante de tí.

Pero sin tí, sin los niños, ya no podia vivir. Lejos de vosotros, me sentia acometido de una sombría desesperacion que me hubiera conducido á nuevas faltas. Entónces, lo he dejado todo y he venido. Ayer he abrazado á mis hijos; hoy te abrazo á tí y me siento ménos desesperado.

Estaba de rodillas delante de Brígida, que le miraba y escuchaba en silencio.

—He sido muy culpable,—continuó;—tú puedes ayudarme á ser mejor. He resuelto crearme una nueva existencia, una existencia honrosa; pero es preciso que tú la compartas conmigo, es preciso que consientas en emigrar.

—¡Emigrar!—exclamó Brígida;—¿y los niños?

—Irán contigo; ¿acaso puedo pasarme sin ellos?

—¿A dónde iremos?

—Los contrabandistas que he conocido en Camargue,—continuó Furbicio,—me han dicho que en las costas de España me sería posible crearme una posicion. Allí viviremos ignorados. No tendré ni que temer á los gendarmes, ni que avergonzarme delante de nadie. Podré trabajar á mi gusto. ¿Me seguirás?

Brígida no contestó.

—Repararé todo el mal que te he hecho,—prosiguió Furbicio con calor.—Sabré hacerte feliz. La desgracia me ha enmendado. Ten confianza en mí. No te niegues á seguirme.

Brígida continuaba mirándole sin contestar, preguntándose si las protestas que oia eran sinceras.

—Quiero creerte,—dijo ella al fin,—y si no se tratara más que de mí, mañana partiríamos juntos. Pero pienso en nuestros hijos. No puedo condenarles á las fatigas y á las aventuras. Parte para España, y el dia que hayas asegurado nuestra existencia, escríbeme. Yo te juro que me reuniré contigo.

El reflexionó un instante. Pareció luchar consigo mismo; despues contestó con dulzura:

—Tienes razon; partiré solo mañana.

—¿Mañana?—dijo ella.

—Sí. Es preciso.

—¿Tan pronto?

—No puedo,—prosiguió Furbicio,—permanecer aquí más tiempo sin peligro. Si alguno de nuestros vecinos me reconociera, estaria perdido.

—Cuando te has acercado á la Bastida-Nueva, —preguntó Brígida, alarmada de pronto,—¿estás seguro de no haber sido visto por Federico Borel?

—Era casi de noche, y además, habia tenido el cuidado de taparme la cara con el pañuelo. Voy á descansar veinticuatro horas,—continuó,—y la noche inmediata volveré á Camargue, desde donde me será fácil trasladarme á España.

—¿Serás prudente y me escribirás?

—Te lo prometo.

—Ahora es preciso descansar.

—Quisiera comer,—dijo dulcemente Furbicio.

—¡Loca de mí! no habia pensado en ello,—exclamó Brígida.

Bajó corriendo á la cocina y subió en seguida con los restos de la cena y una botella de vino. Encontró á Furbicio delante de la cuna en que dormia Estéban; contemplaba á su hijo mayor.

—¡Hijos de mi corazon!—murmuró volviendo á sentarse á la mesa que su mujer habia servido.

Comió y bebió, miéntras que Brígida le miraba extasiada. Ahora estaba tranquila; su marido le habia sido devuelto corregido por el infortunio. Ya no perdia la esperanza de volver á encontrar una vida mejor; se veia con él en un apartado rincon del mundo, ayudándole á soportar el remordimiento de las faltas pasadas y educando á sus hijos, que ignorarian siempre la infamia de su padre.

Por la mañana, muy temprano, Brígida estaba en pié.

—Te quedarás aquí todo el dia,—dijo á su marido.—Tus hijos te harán compañía. Hoy no los mandaré á la escuela.

Al despertarse los niños, se sorprendieron de ver al hombre del Monasterio, tendido sobre un colchon en el cuarto en que habian dormido.

—Ven acá Estéban,—dijo Furbicio.

El niño se apresuró á obedecer á su padre, que le puso á su lado.

—Yo tambien quiero ir,—exclamó el otro.

Estéban fué á buscarle, y cuando estuvieron los tres reunidos, los besos se repitieron sin cesar.

—¿Tú sabes quién soy yo?—dijo Furbicio á su hijo mayor.

—¡Oh! sí, padre; lo he adivinado.

—Pero es preciso que no hables á nadie de mí.

—Ya me lo habeis dicho,—replicó Estéban, que se puso serio.

Fué un dia delicioso para Furbicio. Jugó con los niños y se divirtió con su graciosa charla. Brígida iba á cada instante á abrazar á los tres. Hacía mucho tiempo que el chalan no habia asistido á una fiesta semejante. Entre aquellos séres, cuya ternura apreciaba ahora, se sentia mejor. Perdia el recuerdo de sus desgracias y de sus faltas. La irritacion que habian producido desaparecia.

En distintas ocasiones, despues de mediodia, varios vecinos fueron á llamar á la puerta de la casa. Brígida temió despertar sus sospechas si no les abria; pero encontró un pretexto para alejarles. Vió tambien á Federico Borel, que andaba por las cercanías con una escopeta de caza en la mano; se alarmó y participó sus temores á Furbicio.

—¿No acostumbra á cazar por estos sitios?—preguntó el chalan.

—Sí, le veo con frecuencia; ayer mismo atravesaba el prado que está enfrente de casa, pero hoy todo me inquieta.

—Yo te aseguro que no ha podido verme la cara.

—Sí, pero conoce tu modo de andar. Me han contado que hace un mes, en una taberna de Gor-

des, dijo lo siguiente: «Si alguna vez Furbicio vuelve aquí, juro que he de hacerle prender.»

—¡El miserable!—exclamó Furbicio;—entónces, que Dios le libre de que le encuentre en mi camino.

Sus ojos despedian fuego, su semblante tenía una expresion feroz. Ya no era el marido de Brígida, el padre de Estéban el que hablaba en aquel momento; era el apercibido por la justicia, el compañero de Pradeilles, el presidiario escapado de presidio.

Luego prosiguió con más calma:

—Por lo demás, en mi posicion, debo desconfiar de todo y de todos. No quiero perderte otra vez. He sido hoy tan feliz, que habia pensado no partir hasta mañana. Pero me separaré de tí esta noche; es lo más prudente.

Cuando llegó la noche, Brígida, como la víspera, acostó á sus dos hijos. Luego, miéntras que su marido, despues de haberles abrazado, trataba de descansar un poco, se ocupó de los preparativos del viaje. Puso vino en la calabaza de Furbicio, provisiones y ropa blanca en su saco, y á eso de la una de la madrugada le despertó.

—Es la hora,—le dijo.

Al mismo tiempo, los ojos de la pobre mujer se llenaron de lágrimas.

—No llores,—la dijo él estrechándola contra su pecho.—Dentro de algunas semanas estaremos reunidos para siempre.

Ella trató de ponerle en la mano un poco de dinero, diciéndole:

—Toma eso; yo no soy rica, pero tienes que hacer un viaje muy largo.

El la detuvo.

—No, no,—exclamó;—no quiero que mi visita te sea gravosa. Tengo todavía algunos escudos. Es más de lo que necesito para volver á la Camargue.

Se acercó á la cama de los niños, les contempló largo tiempo, y sin despertarles, depositó un largo

beso sobre la frente de cada uno de ellos. Entretanto, Brígida habia abierto la puerta. La noche estaba oscura y en el campo reinaba una profunda soledad.

—Amame,—dijo Brígida,—y sobre todo, no olvides á tus hijos.

—Ten confianza,—contestó él.

No se dijeron más. El se desprendió de los brazos de su mujer y se alejó con rapidez.

Pero apenas habia andado diez pasos, cuando varios hombres ocultos detras de una pared, se precipitaron de repente en el camino. Una mirada bastó á Furbicio para conocer con quién tenía que habérselas. Seis gendarmes le rodeaban. Más lejos, las blusas de una docena de aldeanos, armados de palos y escopetas, se destacaban en la sombra. Furbicio quiso echarse á un lado, pero no tuvo tiempo: estaba cercado por todas partes. Entónces el sargento que mandaba á los gendarmes, echó atras el embozo de su capote, bajo el cual ocultaba su linterna, y dirigió la luz sobre el rostro del chalan.

—En nombre de la ley,—dijo,—daos preso. Sois el llamado Furbicio, presidiario escapado del presidio de Tolon en 1863.

A estas palabras contestó un grito espantoso. Brígida, que lo habia oido todo, acababa de caer sin conocimiento sobre el umbral de su puerta. Furbicio quiso correr á socorrerla; de un salto arrojó al suelo á dos gendarmes y atravesó el círculo que le encerraba. Pero al instante se lanzaron sobre él. Se trabó una lucha terrible. El chalan, cuyas fuerzas duplicaba la ira, hizo frente á sus enemigos más de diez minutos. Por fin, consiguieron derribarle, le ataron los brazos y las piernas, y se lo llevaron en direccion de Gordes.

Brígida no recobró sus sentidos hasta más de una hora despues de esta terrible escena. Varias personas la rodeaban, y entre ellas Federico Borel.

Al fijar en él sus ojos extraviados, él creyó leer una reconvencion en su mirada.

—Más tarde,—dijo,—me dareis las gracias por lo que he hecho. He reconocido á vuestro marido cuando estuvo dando vueltas en las inmediaciones de la Bastida-Nueva, y he creido que debia libertaros, lo mismo que al país, de semejante malhechor. Pero podeis estar tranquila; yo cuidaré de vuestros hijos y de vos.

Por de pronto, ella no contestó. Despues se levantó y extendió el brazo como para coger un objeto que se la escapaba.

—¡Ah! ¡mis hijos!—murmuró.

Y de repente soltó una inmensa carcajada. Trataron de calmarla.

—Quiero partir para España,—exclamó tratando de desasirse.

—¡Cielos! ¡está loca!—dijo Borel.

Estaba loca, en efecto. Su pobre cabeza, ya muy débil, no habia podido resistir á las últimas emociones. Algunos dias despues, era admitida en el hospital de locos de Saint-Remy.

Al principiar el año 1866, Furbicio volvió á entrar en el presidio de Tolon. Allí sufrió el castigo reglamentario impuesto á todos los individuos evadidos y vueltos á coger: treinta golpes de gratel. En seguida fué conducido á las casamatas del presidio.

Cuando se encontró solo, encadenado como una bestia feroz, le acometió una rabia espantosa. Se golpeaba la cabeza contra las paredes, se arrojaba al suelo, lanzaba gritos terribles. Despues de dos años de libertad, habia venido á parar en una posicion peor que la que no habia podido resistir. Es difícil de explicar cómo no se volvió tambien loco.

A la ira sucedió una negra melancolía que duró algunos dias, y que le condujo por la fuerza de las cosas á ideas más tranquilas. Llegó á considerar con frialdad su posicion, y comprendió que era des-

esperada. Desde ahora, estaba colocado entre los que en el presidio se llaman los indóciles. Ya no debia contar con el beneficio de su buena conducta en el porvenir para ver mejorar su situacion. Iba á encontrarse sometido á la más rigurosa vigilancia y á verse obligado á renunciar á toda esperanza de fuga. Entónces fué cuando pidió ser trasladado á Cayenna.

¿Sabia acaso que iba á encontrar allí á Margarita?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

XXXI.

La existencia regular y tranquila á que estaba sometida Margarita desde su llegada á San Lorenzo del Maroni, los cuidados perseverantes y afectuosos de Moulinet, los buenos consejos de las religiosas y las exhortaciones del capellan de la penitenciaría, habian provocado en ella una reaccion saludable.

Consideraba el porvenir con ménos tristeza que otras veces; ya no la parecia imposible crearse una vida feliz en aquel país en el que encontraba un sol todavía más ardiente que el de la Provenza, y en el que todo el mundo, en torno suyo, parecia contribuir á hacerla olvidar la condena que sufria.

Así es que Moulinet la encontraba dócil á sus proyectos. La veia con frecuencia en sus paseos, en el locutorio de la penitenciaría, y era siempre bien acogido. Con la naturaleza esencialmente material que hemos conocido en Margarita, su predisposicion á prendarse de la forma y á no tener en cuenta las cualidades morales, era difícil que renegara de una vez de su pasado y sintiera amor por Moulinet. Pero mortificada en su cuerpo, calmada y apaciguada por la regularidad de su vida y el apartamiento de todo lo que en otro tiempo la habia per-